

“ACUERDATE, HOMBRE, QUE POLVO ERES
Y EN POLVO TE HAS DE CONVERTIR”.

MARZO DE 1930

Amados lectores:

Quien mire con curiosidad, despojado de prejuicios, algunas de las ceremonias religiosas, podrá encontrar en ellas un simbolismo digno de estudiarse. Un simbolismo que lleva, en su lógica, filosofía de la vida y sus destinos.

Es tiempo cuaresmal, de meditación y recogimiento para los que tenemos el cristianismo enraizado en nuestras ideas y en nuestros corazones.

Voy a referirme al llamado Miércoles de Ceniza. Consiste la ceremonia en ponerles ceniza a los fieles sobre la cabeza, diciéndoles al mismo tiempo: “*Acuérdate, hombre, que polvo eres y en polvo te has de convertir*”.

Y se hincan en el polvo los Príncipes de la Iglesia y los Reyes y Magnates Católicos, y piensan en el polvo del presente y el polvo del porvenir. Y meditan lo mismo el rico y el pobre, el sabio y el ignorante.

Caen la ceniza y las ideas de esas palabras: sobre las cabezas jóvenes llenas de ilusiones y sobre las névadas cabezas de los ancianos llenos de recuerdos y de ruinas. Reciben también ese bautizo de filosofía cristiana, la fea y la hermosa, la orgullosa y la humilde.

El polvo es la nada del ser viviente. De esa nada se llega a la vida, y a esa nada se vuelve con la muerte. Todo es accidente pasajero: Si eres rico, un día dejarás esas riquezas como carga inútil, que estorba para bajar tranquilo a la tumba o para subir triunfante al cielo; si eres hermoso, te marchitarás tan pronto como la rama o la flor tronchada de los tallos y quedarás reducido a polvo, a miseria; si eres sabio ni por eso dejarás de pasar el momento inevitable en que se apague la luz de tu cerebro; si eres gobernante ¿qué podrás hacer ya sin vida, sin fuerzas, aprisionado en los brazos de la muerte y cogido en las fauces de la tierra; si eres obrero, tus músculos creadores de riqueza quedarán abandonados y en ruina ¿desechos de herramienta destruída!

Poco importa que creas poco y que niegues mucho. Tu orgullo y tu osadía concluyen en un sepulcro.

Sin embargo, hay algo que no se convierte en polvo: las obras buenas o malas de los hombres.

Estos continúan viviendo en sus ideas, en sus instituciones y en sus monumentos.

Las ideas y las obras pueden muy bien clasificarse en las que llevan al polvo, a la miseria y a la ruina, y las que construyen y conducen a la vida y a la gloria.

“Acuérdate, hombre, que polvo eres y en polvo te has de convertir”.

Requíerese esta voz de alerta para detener en su carrera torpe y loca al que piensa y opera con vanidades y orgullos; al que vive embriagado con placeres fugaces; al que presume que todo lo puede o lo domina con el dinero, la sabiduría y el poder. Nada es eterno, sino mudable: las obras materiales de este mundo están en las manos traidoras de la fortuna y de la muerte.

Despierta, hombre, no te olvides de que no has venido aquí para conquistar miseria y polvo, sino gloria y honores.

Morir así nomás: como el perro, la mosca, o la yerba del campo, es punto final poco digno de la prosapia humana, la cual tienen en su espeice algo que la distingue de todos los seres: un alma que piensa y quiere, capaz de ser buena, justa, sabia y feliz.

Las simbólicas palabras no quieren decir que todo en tí es polvo; se refieren solo a tu cuerpo y a lo que en la tierra muere con tu organismo.

Significa, en fin, que no debes engreírte con lo extingible, sino con aquello destinado a vivir eternamente.

Sírvete de la misma materia para subir a la eternidad y al misterio, glorioso y triunfador.

SERMON SOBRE EL DIA DEL MAESTRO
MAYO DE 1930

Amados hermanos:

Al comienzo de estas palabras llega a mi mente la idea de que van a señalarse quizá como lo único dicho sobre un tema tan olvidado, tal vez estéril para la meditación, la simpatía, la gratitud y hasta para la compasión del mayor número de los hombres.

Y no es que yo desconozca los merecimientos del maestro. Pienso con el común de las gentes que se trata de una entidad necesaria; que contraemos una deuda con cada uno de los que nos han llevado por los diversos grados de la enseñanza: la primaria, la secundaria y la profesional.

Pero también juzgo con muchos, la mayor parte, que el maestro es un simple obrero que vende sus esfuerzos por el precio convenido; pudiera considerarse, en grado un poco más alto, a manera de vulgar comerciante que nos vende su ciencia al precio más barato.

Y en esto último creo que vamos con la civilización; pues los adelantos de ésta deben conducirnos al abaratamiento de los artículos de primera necesidad y eso sí considero que la ciencia del maestro, si no queremos rebajarla más, hemos de coleccionarla entre ellos.

Ya me parece oír por ahí voces de protesta que aseguran: que es un sembrador de ideas y virtudes; el sacerdote del templo de Minerva; el apóstol del saber; el modelador de espíritus; el primero y más grande de los ciudadanos y el ser humano a quien debemos después de nuestros padres, respeto, veneración, amor, etc., etc., ¡Cosas que no pueden valorizarse con la vileza del metal! Sin embargo la realidad prueba que en el alma de esas frases gastadas y descoloridas solo hay una po-brísima ilusión.

Y . . . cuando al mejor maestro se le befó, se le martirizó y finalmente se le crucificó en el calvario y ni muerto y resucitado y ausente durante ya veinte siglos se deja de perseguirlo para matarlo de nuevo, pienso yo que más afortunados vamos siendo nosotros cuando siquiera alcanzamos la gracia de ser olvidados!

Y no vaya a suponerse que entre la siembra de virtudes, descuidamos la gratitud.

Hemos enseñado a reconocer deudas del corazón para los padres, para los her-

manos y para los semejantes: pero para nosotros nada les decimos porque no queremos arrebatarse el deber y el derecho de la palabra al padre, a la madre, al periodista, al gobierno y a los beneficios con criterio formado en el espíritu de justicia.

Porque sería ridículo y chocante que un maestro fuera a decirle a cada discípulo: estímame, respétame y quíereme, pues yo sacrifico o sacrifiqué mi salud y mis energías mentales en instruirte y educarte.

Estas ideas no son una queja, —mucho menos un desahogo—, pues yo faltaría a la justicia si acusara de ingratas a las generaciones de discípulos que han pasado por mis cuidados.

Con unos cuantos alumnos y otros tantos padres de familia que se han acordado de mí y que no se avergüenzan de saludarme siquiera, he sentido que se llena mi alma de contento.

Más sobre todo me satisface enormemente ver a quienes fueron mis discípulos laborando en los talleres una buena parte de ellos, de comerciantes a otros, de oficinistas, doctores y abogados a algunos, y a un buen número de maestros y militares.

Todos ellos, —muchos ya,— son buenos, honrados e inteligentes; los hay muy ricos y felices.

Cada uno es orgullo mío, de sus padres y de la Patria.

Esto me basta.

Maestro, buen compañero mío, las primeras consideraciones que sobre este tema hice no tienen valor alguno. Son humanas, comunes, y por lo mismo si no mucho, algo mezquinas.

Nuestra victoria estriba en redimir como el Divino Rabí.

Las espigas de trigo con su dorada y abundosa carga no saben agradecer los sudores del labriego; pero sirven para quitar el hambre de la humanidad.

Los sacrificios del labrador que queden sin justo pago, Dios los premiará con creces.

Y así tendrá el maestro no un día, sino tres días gloriosos: el meritísimo día en

que abnegado se sacrifica; el dichoso día en que goza contemplando los frutos de bien, de virtud y sabiduría que produzcan sus discípulos; y el día triunfal en que Dios premie sus virtudes pedagógicas con el descanso eterno y la eterna satisfacción del deber cumplido.

Fray ALEJO
Marzo 16 de 1930.

SERMON SOBRE "LA GENTE DE DOS CARAS"

JUNIO DE 1930

Muchos y variados aspectos puede tener el tema que con el favor de Dios deseo trataros; más hoy quiero hacer hincapié en uno solo de ellos; el de quienes llamándose amigos se conducen delante de nosotros con manifestaciones, si no de cariño cuando menos de respeto, de estimación y de simpatía; pero que en ausencia nuestra hablan como sienten realmente, descubriendo la otra faz, la que por una feliz casualidad (de las paredes indiscretas) llegamos a conocerlos en día de sabor amargo, de cruel desilusión y fatal desencanto.

Cuando no damos motivo para ser víctimas de tal proceder y si habíamos fincado en nuestro corazón un edificio de reciprocidad, respeto, cariño, y consideraciones sinceras, no hay palabra capaz de describir exactamente el terrible efecto que nos causa la traición de quien se atreviera a llamarse nuestro amigo con vocablos y con hechos que mentirían.

¡Digno de desprecio, más que de lástima es el hombre que tan cobardemente se conduce!

No se sienta la mujer, si digo que esto que para mí es el más asequeroso de los defectos hay quien asegure que en ella suelen verse con más frecuencia que entre los hombres acostumbrados a tomarse las verdades cara a cara.

Y para definirlo con lujo de detalles, agregan que la mujer es más propensa a hipocresía por que lo es a la envidia, a la mentira, a la murmuración, a la maledicencia y al chisme y para operar mejor requiere parapetos, trincheras, etc.

Fray Alejo se vuelve contra quienes hayan soltado esta aserción y sostiene que si se trata de una mujer fina y educada a la cual se hayan quitado esas asperezas y fealdades con hábitos de orden, de paz, de justicia, de benevolencia, de discreción, de ternura, de piedad religiosa y de laboriosidad, ni peligro hay de que vaya a usar careta tan horrible, tan antiestética como la del hipócrita.

Sea hombre o sea mujer, que todos podemos delinquir, la verdad es que con el estigma de hipócritas son dignos de lástima o desprecio, porque acontece una baja escandalosa en valores morales; pues cuidado cuando en plaza resultan falsos los metales y adulteradas las mercancías.

No ha de faltar quien me diga: ¿Por qué nos salió hoy con este sermoncito?

Por nada. Me sucedió lo que a la mayor parte de mis colegas los curas o pasto-

res: que dicen cosas que a veces sirven para el presente; pero que casi siempre han de guardarse en el botiquín del alma para usarlas cuando sea oportuno.

La verdad es que en la disciplina de los espíritus, lo preventivo es preferible a lo punitivo.

¡Felices de vosotros, hermanos míos, si no habéis probado la hiel de un engaño!

¡Felices de vosotros si siendo pobres tenéis la riqueza de la sinceridad que ennoblece más que un título de glorioso abolengo, y si siendo ricos podéis aquilatar vuestra grandeza con los brillos de esa virtud!

¡SERMON SOBRE EL ESPIRITU DE JUSTICIA

AGOSTO DE 1930

Me decía el otro día un feligrés mío: Estoy en una confusión terrible porque leí la parábola del rey justo y, siendo cristiano, simpatizo con el personaje que fue premiado porque hizo bien a quien lo había favorecido y lo negó a quien se lo había negado.

Imagínese usted, continuó diciendo: ¿cómo va quedar la balanza en el debido nivel, si el peso de un mal se compensa con un bien en la teoría cristiana?

Nuestra naturaleza le encuentra sabor agradable a la venganza y no es otra cosa que venganza lo que hacemos cuando al que nos daña con la negación de un favor le dañamos con otra negación.

Es la misma vieja teoría de mal por mal y bien por bien.

Dura ley, sacrificio enorme de nuestro yo es lo que significa dejar de hacer mal a quien nos lo hizo y más enorme aún el de hacerle bien cuando merece mal.

Sin embargo no acertamos a comprender lo que tiene de bello el heroísmo de Cristo que perdona a quienes le crucificaron y hace bien a quien le ofende. Esa conducta imitada por no pocos se sale de lo vulgar. No repugna más que a los seres depravados.

Más para tener la fuerza requerida en tan difícil empresa es menester no ser cristiano en la epidermis, sino hasta la médula de los huesos.

Si usted no quiere llevar en su corazón un remordimiento lo mejor es que no haga daño a nadie cuando no necesita y que haga bien siempre que pueda.

Porque Dios bendice a quien sacrifica su egoísmo en provecho del prójimo y lo premia con la eterna felicidad.

Y conste que le hablo de esta manera porque usted comenzó titulándose cristiano.

Si me hubiera dicho que era cafre u hotentote desde luego le hubier dicho que se dejara de teorías tontas y practicara la del tigre que devora sin perdón guiándose por sanguinarios instintos.

Dichoso de usted que se preocupa por la posesión del espíritu de justicia, se conoce que hay honradez en su alma y nobleza en su corazón.

SERMON SOBRE EL RESPETO Y LA GRATITUD PARA LOS MAESTROS
SEPTIEMBRE DE 1930

Siempre nos ha entristecido, a nosotros los frailes, ver cómo se trata a los educadores, muy a pesar de nuestras repetidas prédicas sobre el respeto y el amor a los maestros que, en decires antiguos, pasaban por "segundos padres".

En ideal está aún lo que debiera ser justísimo hecho: que se honre al maestro con el más fino y religioso de los respetos para él y para cuanto le pertenezca, y con el más sincero y fiel de nuestros agradecimientos.

En verdad andan por ahí, por esos ingratos mundos de Dios, discípulos que se olvidan hasta de saludar a sus maestros.

Crean lo necios que, una vez salidos de la Escuela, termina para ellos el pesado compromiso de atenciones con que agraciaban a los pobres maestros.

¿Quién de ellos, —los exdiscípulos—, si reflexiona un poco, admitirá como justo, en la ética de su corazón, un proceder tan canalla?

Sin embargo, de que los hay los hay y ni trabajo cuesta dar con ellos.

Y si tan mal pensamos de los exalumnos que así se conducen, ¿qué no pensaremos de aquellos padres que en vez de corresponderles a los maestros el empeño que ponen al enseñarles amor y respeto para ellos,— los padres—, llegan, con asombro de quien esto escribe, a pagar con descortesías y faltas de respeto que tan mal hablan de su educación?

No existe una sola razón en el catálogo de preceptos morales que releve de estas obligaciones a ningún padre, ni al que pague directamente la educación de sus hijos, pues hay que convenir en que estas cosas no se pagan con dinero. Solo es pagable lo que puede evaluarse con pesos: y el beneficio de la educación entraña una deuda del agradecimiento y de respeto cuya moneda de cambio debe ser también respeto y agradecimiento tan firmes y duraderos como el bien que se recibe.

Padre de familia, ni teniendo razón, —que difícilmente podrían tenerla—, borres jamás de tu lista el sagrado deber que tienes de enseñar a tus hijos, con la palabra y el ejemplo, el amor y el respeto para quienes nunca se olvidan de enseñar el amor y el respeto para tí.

BALANCE ESPIRITUAL DE FIN DE AÑO
NOVIEMBRE—DICIEMBRE DE 1930

Bienaventurado el que plantó devotamente un árbol, pensando en el provecho de una generación futura y acallando con honda satisfacción de conciencia el egoísmo que a todos nos inspira.

Bienaventurado el que apartó la piedra del camino para dejarle paso franco y evitarle daño al transeúnte que llegará más luego al mismo sitio peligroso.

Bienaventurado el que supo todo lo relativo a sus defectos y no se preocupó jamás por conocer y juzgar, sin motivo provechoso, los ajenos.

Bienaventurado del que siendo poderoso y feliz, amó a los humildes con aquel amor que, según San Juan, solo es verdadero cuando se manifiesta con las obras.

Bienaventurado del pobre que perdonó las demasías del orgullo de los potentados y tuvo paciencia para aguardar el reinado de la justicia.

Bienaventurado el que desprendió de los bienes rastreros de este mundo, su alma, levantándolo hasta la sublime belleza de Cristo, quien no fue esclavo del dinero que engendra ambiciones y envidias, ni de los placeres que envilecen y matan la naturaleza racional.

Bienaventurado el que con poco o nada llenó las ambiciones de su cuerpo: pero que jamás llenó la ambición sublime de aumentar los tesoros de su alma.

Bienaventurado el que amó a su Patria y siempre procuró engrandecerla con obras de bien y de gloria, porque él vivirá eternamente en el recuerdo y en el corazón de las generaciones venideras.

Bienaventurado, en fin, el que pensó bien, y sintió bien, y obró bien en todas las manifestaciones de su vida, porque siendo bueno a carta cabal, cosechará de aquellos deliciosos frutos que dan la eterna dicha al hombre en cuya tumba pueden escribirse estas salvadoras y gloriosas palabras:

"Per transivit benefaciendo"

COMO ESAS HOJAS SECAS. . . .

ENERO DE 1931

Esas hojas secas que el viento arrastra despiadado por el suelo, salmodiando con ellas un ruido monótono, lleno de tristeza inefable, muéveme a compasión y producen en mi mente serias reflexiones sobre los hondos misterios de la vida y de la muerte.

Mira con qué crueldad las pisamos y cómo nuestro desprecio las barre y, si no las quema, las arroja al montón de la basura, porque ya no sirven, porque son residuos de lo que fué utilizado.

Más lo que hoy guarda tan triste condición; lo que no tiene ya valor alguno y rueda por la tierra miserable, ayer fué noble, vivió en las alturas y pudo hacer bien a los demás seres.

Cuando esas hojas estuvieron verdes y lozanas, adheridas al ramaje de un árbol, recibieron las caricias de un viento comfortable, entonaron alegre canción de primavera y fueron ameno refugio de los pájaros bulliciosos y cantadores.

Las hojas operaron al través de su cuerpo un milagro bienhechor: dieron salud al aire que respiramos llenándolo con oxígeno y purificándolo con la aborción del anhídrido carbónico.

¡Cuántas gozaron también de su sombra en el rigor del verano!

Fueron, en una palabra, instrumento de bien, de riqueza y de hermosura.

Más llegó el invierno y con sus besos de muerte las marchitó en la rama y ya muertas cayeron al suelo, y el soplo del cierzo helado las vemos caminar a la nada, al reino del olvidado. . .

Después de haber hecho bien, de tener derecho a la inmortalidad. . . ¡Pobres hojas!

Hermanos míos, como esas hojas es la humanidad. Mientras vive está en las alturas en condiciones de hacer algo provechoso para sus semejantes: su alma y su cuerpo pueden aportar el mal y producir el bien si en ellos hay sabiduría, amor, entusiasmo, salud y dinero.

Y habrá ayuda espiritual y material para el pobre, consuelo para el triste y alimento y vestido para el miserable.

Cuando el hombre está en esas alturas de la existencia puede ser instrumento de bien y de virtud.

Pero. . . en triste día llegará el invierno y con helado beso le dará muerte, y su pobre cuerpo, último despojo de la vida, rodará hasta el sepulcro y será olvidado de todos, hasta de sus familiares. . .

Porque. . . ¿qué vuelven a saber la rama y el tronco de la hoja que para siempre cayó y se fué?

No hay remedio; será olvidado, porque dejó de hacer el bien, porque ya no sirve. . . .

¡Pobre hombre que, —sin el concepto del alma y su inmortalidad,— como las hojas secas, es desperdicio que se barre y se pierde en la nada. . . !

NUESTRA VIDA EN LA TIERRA ES UNA COMEDIA
ABRIL Y MAYO DE 1931

Antes que Cervantes, con su famosa parábola de los cómicos, demostrara esta verdad, hubo un hombre célebre en la historia, el emperador Augusto, de quien se dice que próximo a la muerte, pidió un espejo, se arregló el cabello y preguntó a los que rodeaban su lecho:

“¿Verdad que he representado bien la comedia de la vida?”

Y cuando le hubieron dado satisfactoria contestación, exclamó jubiloso:

“Pues entonces, aplaudid y que caiga el telón”.

Efectivamente la historia de nuestras vidas se va desenvolviendo en una serie de episodios y de escenas que forzosamente concluyen con el drama inevitable de nuestra muerte.

Mientras esta llega abundan en la trama, separados en unas vacas, revueltos en otras: los momentos de placer, de risa y de alegría; los de dolor, de amargura y de quejas.

Y... ¡cuán bellos los cantos de alegría triunfal, y, horrorosos, los ayes de triste derrota!

¿Y qué decir también de la última escena de nuestra vida que puede ser luz de brillante gloria merecedora de aplausos o tiniebla de horrible desastre que arranque lágrimas de remordimiento y de compasión?

Deberes y heroísmos: he aquí un programa que nos vale la conquista de títulos nobiliarios. No de ricos, ni de condes, duques y reyes, sino de buenos, de santos, de héroes o de sabios.

Solamente estos valores no sufren baja ni se nulifican al poner nuestros pies en la eternidad.

El que aparezca en escena adherido a los placeres mundanales, pegado al dinero con que los compra, robando a sus semejantes con explotaciones inícuas, estrujándoles sus libertades y carcomiéndoles sus derechos, es algo así como larva social creada en la podredumbre más grosera de las miserias humanas.

Hombres de esta talla truecan el sublime teatro de la vida en vulgarísimo circo de bestias inmundas.

Y no son estos los que arreglan su tocado para morir, ni los que aguardan con deleite que baje el telón y llegue la hora del aplauso.

Más bien son de los que lloran ante la presencia de la muerte, que tiemblan cobardes ante la sola idea de abandonar el mundo miserable y se abrazan de su vida torpe; asquerosa, como el avaro de sus sórdidas monedas, como el cerdo de su cierno, como el reptil de su cueva.

Hermanos míos, ¿váis siendo leales, sinceros y buenos en todos los episodios y escenas de la vida?

Si así lo sois, ¡dichosos de vosotros que como dice la S. Escritura en alguna parte: “poseéis tesoros que no roban los ladrones y que pueden ser eternamente vuestros”!

Vuestra comedia es divinamente bella. Si cae el telón de la muerte podréis escuchar satisfechos y gloriosos, dos aplausos: el de quienes os admiran en la tierra, y el de quienes os justifican y premien en el cielo.